

LA OBRA LITERARIA Y SUS CONTINUOS INTERROGANTES

LUIS MARINO TRONCOSO M.

RESUMEN

Las páginas que siguen son la reproducción del "Texto" leído en el acto inaugural del segundo semestre académico del Departamento de Literatura el 29 de julio de 1981. En él, a partir del lenguaje literario por excelencia simbólico, se postula el acto de leer como indentificación y al mismo tiempo como abertura a "lo otro": una búsqueda de la Forma, la Vida, que dé sentido a la vida cotidiana y a sus formas parciales. Leer es un encuentro con la Palabra que siempre será interrogación, indagación y perplejidad.

Dado el carácter de "Texto para una lectura pública" con que éstas páginas fueron pensadas, no se introducen en ellas epígrafes que interrumpirían la fluidez del texto.

El título de este breve texto me fue sugerido al releer la obra de Gaetan Picon, *El escritor y sus fantasmas*. En ella encontré un párrafo que deseo leer totalmente pues constituye el punto de partida de esta reflexión:

"La obra de arte —y sobre todo la obra literaria— no se nos impone solamente como un objeto de goce o conocimiento; ella se ofrece al espíritu como objeto de interrogación, de indagación, de perplejidad. La obra —y sobre todo la obra literaria— llama irresistiblemente, desde que encuentra una mirada, a la conciencia crítica; ésta la acompaña así como la sombra sigue cada uno de nuestros pasos".

Reteniendo palabras como goce, conocimiento y conciencia crítica, subrayemos inicialmente otras tres: *interrogación, indagación y perplejidad*. dejando que ellas nos den su significado más allá del que pudiéramos encontrar en el Diccionario de la Lengua.

La obra literaria se presenta como pregunta pero igualmente es afirmación indirecta que, como el símbolo, no expresa una idea, si no por el contrario, reteniendo nuestra

atención, ocupa nuestra sensibilidad, cubre, enmascara. En una palabra: reemplaza la idea, la pregunta-respuesta, para impedirle alcanzar una conciencia clara. Es una inquietud preocupante: una pregunta-respuesta ambigua y por ello, esencialmente social y humana. De esta manera, a través de la obra literaria, nos introducimos en el juego constante del espíritu que intenta explicarse el mundo circundante indagando sobre la misma posibilidad del yo, de lo otro, de la materialidad real encarnada en el lenguaje; claro está, que se trata de indagaciones sobre aquello que se encuentra en su génesis; sobre el ámbito que brota en medio del silencio y en el cual se recrea haciendo del aquí y ahora su irremplazable condición de existir. De repente surge la perplejidad y ante la irresolución, la aparente confusión o duda, sólo queda el asombro de un lector que comprendiendo al mismo tiempo se siente superado. He aquí, la dimensión trascendental de la literatura. En verdad se trata de un lector que mira lo otro sabiendo que es él, el que está siendo mirado, destruido y construido en un doloroso parto análogo al acto mismo de morir. El leer se constituye en una experiencia tal que implica un tipo de muerte que reproduce la otra presente en el acto creativo. El artista, en su afán de vencer el paso del tiempo y la contingencia de las cosas, crea dando perennidad por medio de su obra y haciendo de ésta el testigo de la lucha que el emprendió para negarla. El leer es pues, potencializar la vida de la escritura que echa sus raíces en el llamado grado cero de Roland Barthes. O mejor aún, en aquel estado-lugar de paso, en el que no somos más que la estación de confluencia por donde pasan y desfilan, los innumerables trenes interiores, como bien lo dijo Du Bos.

Esas tres palabras: *interrogación*, *indagación* y *perplejidad*, intentan concretizar la relación existente entre el yo que lee y la obra literaria. Para comprenderlas nada mejor que remontarnos a nuestras propias experiencias de lectura. A aquellas que podemos catalogar de mayúsculas y en las cuales nos hemos aproximado a la manera de la asíntota a la palabra, a la belleza, al umbral del universo humano; a ese sitio, en el que, sin saber cómo, percibimos la potencialidad de un arte-contemplación porque hemos dado un salto cualitativo desde una materialidad dinámica: el lenguaje. Remontarnos a nuestras propias experiencias para hacer conscientes esos estados de placidez y de gratitud, tan escasos en el mundo actual y que muchos como Heidegger, identifican con el reposo del ser: Encontrar el lenguaje primitivo de un pueblo histórico, ahí donde él se convierte en instauración del ser.

Interrogación, *indagación* y *perplejidad* que se amalgaman con el conocimiento y el gozo de una obra, en la que se realiza lo intransitivo del verbo escrito por alguien, que no teniendo nada que decir, dice tanto en su síntesis diferida que alcanza a conformar un mundo nuevo, estructurado a partir del lenguaje. Es la re-creación de un mundo que se enfrenta al nuestro, al cotidiano, y lo cuestiona en dimensiones profundas: Eres lo que pretendes ser?. Un mundo que se funde con el nuestro, a veces tan prosaico, para hacérselo ver mejor, para revelarlo en aquello que viviéndolo, no lo vemos ni lo vivimos. En esta reflexión continuamos en la esfera del símbolo: El objeto desaparece. No se le muestra, se lo representa. No se le recuerda, se le imita. Y hablamos del lenguaje figurado. Hablamos de aquel que es oblicuo y nos detiene impidiéndonos una evasión fácil hacia aquello que llamamos interesante, porque nos distrae de nuestra radicalidad única. Es este el lenguaje que supera los límites de la comunicación para ser también expresión en la conjugación misma del ser y del verbo. Precisamente es en él, donde se dan el conocimiento y el gozo que implica una voz, una palabra que ostentan el sello de alguien, de un yo, de un pueblo, de una multitud que nos habita. Presencias que se imponen e imponen su mundo: aquello, lo otro que va creciendo delante de mí desarrollando la

imagen que me va absorbiendo y que yo me apropio instalándome por un momento en otro mundo que se convierte en el mío, sin que yo deje de ser yo. Con razón Proust hablaba de la Literatura como el lugar privilegiado de la intersubjetividad. Por eso, es la Literatura el espacio donde se encuentran los hombres en aquello que parece más insuperable: la angustia, la soledad, la muerte... Esos son sus temas propios y los que sirven, según Alfonso Reyes, para distinguirla de todo aquello que puede ser considerado ancilar: La pureza estrictamente literaria, naciendo de la gratuidad, nos reintegra a la comunidad humana. Así pues, cada obra auténtica nos permite vencer esa exclusión radical a la cual pareceríamos condenados y nos deja escuchar las notas de un cuarteto evocador del fracaso, del escándalo, de la espera y del entusiasmo.

En definitiva, leer es asumir la responsabilidad de la propia existencia presente en la soledad de la lectura. El acto crítico es una co-responsabilidad con la soledad del acto creativo. Una soledad, que como dijimos antes, es superada cuando descubrimos o redescubrimos la naturaleza simbólica del lenguaje, de la palabra, que lejos de ser decoración se convierte en verdad; pero en una verdad plural porque el lenguaje, poseyendo un sentido denotativo, es por excelencia connotación: los sentidos se van yuxtaponiendo y la definición misma de la obra cambia, dejando así de ser obra cerrada para convertirse en manifestación abierta. Y ello, a causa de su propia estructura. Y ello, por la propia estructura del hombre, abierta a un horizonte mucho más amplio que él mismo. Son dos pluralidades que en razón de su unidad se permiten entrar en relación para potencializarse, desproporcionarse, agrandarse. Ahora si es posible comprender cabalmente que en el leer nos transcendemos, profundizamos en las raíces de nuestra identidad y nos sentimos, o al menos tendemos a ser más. En el leer la obra se va convirtiendo en eterna, no por imponer un sentido único a hombres diferentes, sino porque sugiere sentidos diferentes a un hombre único que habla siempre la misma lengua simbólica en tiempos múltiples. Es el tiempo el que cambia actualizándose en instantes siempre irrepetibles. Y ahí, en ese maravilloso ámbito vamos absorbiendo, nos vamos dejando agarrar por los sentidos parciales mientras nos acercamos y se nos escapa El Sentido. Aquel que no es suma sino cualidad. Aquel, que de alguna manera nos sitúa en el núcleo de la unidad constantemente anhelada. Tener la experiencia de leer es darnos cuenta que la obra es múltiple, quizás como nosotros, y ésto constituye su validez, su trascendencia, su vigencia... También la lectura nos hace darnos cuenta que hay algo más allá o más acá del texto, como si aquel lenguaje con el cual entramos en relación diera consistencia a otro que sólo podemos leer soñando, elucidar contemplando. Ya lo decía Bachelard: "El sueño tiene sus avenidas por la palabra y éstas están trazadas en el texto". Si, leer es entrar en los espacios de la sugerencia, en los "códigos de una segunda lengua" que nos liberan de las definiciones ya hechas y que permiten situarnos en una de las pocas regiones donde aún podemos hablar de libertad. En definitiva, leer no es un punto de llegada ni un fin: es solamente una plataforma para partir, es el acto mediante el cual los objetos mentales se elevan desde las profundidades del conocimiento hacia la luz del reconocimiento como dice Poulet o, mejor aún, siguiendo a Jean Paul Richard, leer es descubrirse el sujeto en el objeto superando la imposibilidad de apropiarnos del objeto de tal manera que éste se convierta en yo.

La obra literaria y sus continuos interrogantes nos obligan a situarnos en posiciones aparentemente contradictorias que no son más que paradojas solucionadas cuando alcanzamos un conocimiento unitario y relativo. Decimos lo primero, unitario, en cuanto que la obra de arte y en especial la literaria, es caso privilegiado de superación de las continuas cualidades que destrazan al hombre desde el inicio del acto cognoscitivo. Ella,

en su génesis es excedente del conflicto siempre latente entre el sujeto y el objeto como lo es también en su actualización por medio de la lectura. Y decimos lo segundo, conocimiento relativo, por la multitud de elementos que conforman ese aquí y ahora en el cual nos dejamos ir e igualmente nos detenemos, en donde se mezclan los diferentes niveles de nuestra conciencia con los diferentes estratos propios de la nueva realidad creada. Es un conocimiento sorprendido por medio del cual repetimos experiencias y elucidamos una serie de equivalencias en un continuo acercamiento y alejamiento. Nos acercamos por la mimesis verbal y nos alejamos para entender sabiendo que destruimos la esencia misma de ese conocimiento. Nos acercamos y nos volvemos cómplices. Nos alejamos y disociamos, quedando con la nostalgia de lo perdido. ¡Cuánto podríamos insistir en la palabra nostalgia que expresa tan bien una dimensión de la estructura del hombre y de sus obras!

La obra literaria y sus continuos interrogantes nos hace pensar en la unidad existente entre el gozo y el conocimiento, la belleza y la verdad remontándonos a lo que tradicionalmente se ha llamado las cualidades del ser. Aquellas cualidades que se realizan por excelencia en el hombre, su elaboración suprema. Ahora bien, tanto lo uno como lo otro nos evocan la tendencia al sistema, la toma de conciencia, la exaltación del signo y la ficción. Nos introducimos en la tensión presente entre la riqueza y la coherencia, la recreación de una realidad y la creación de otra, permitiendo que la obra sea ella y por lo tanto contemplación. La obra necesita para ser, de la contemplación que no es independiente del conocer, del encontrar el en-sí y para-sí que apela estrictamente a un pluralismo en razón de su materialidad, de su proceso creativo y del lector. Y todo esto se da en la historia dentro de la cual se sitúan las utopías de los puntos sincrónicos.

Yo estoy ante la obra y ella me da y me oculta una visión del mundo y un proceso creativo. Ambos son inseparables porque una visión del mundo siempre se encarna en una forma y ambos están relacionados con mi propia visión del mundo y mi percepción de las formas. En definitiva, toda nuestra vida no es sino la búsqueda de una Forma que de alguna manera, consciente o no, situamos en aquellas que un momento determinado nos detienen. Lukács, refiriéndose al crítico, dice que la forma es su gran vivencia. Ella es lo vivo que presentado como imagen tiene realidad inmediata. Toda obra auténtica presenta una forma que es concepción del mundo, punto de vista, una toma de posición respecto de la vida de la que ha nacido y sobre todo posibilidad de transformar la vida misma y crearla de nuevo. Y todos somos críticos como nos lo recordaba Gaetan Picon en el texto que dio inicio a esta reflexión. El comparaba la conciencia crítica con la sombra que sigue cada uno de nuestros pasos. Yo estoy ante la obra como crítico potencial y como tal, percibo su forma que tiende a ser forma perfecta, lucha por encarnar la Vida, con mayúscula (forma, símbolo y lenguaje figurado son inseparables), al leerla, se introduzco en ella la vida, pero esta vez con minúscula. Evidentemente hay un cambio tanto en la obra y en su forma como en el lector y sus formalizaciones. Se inician diferentes cuestionamientos que algunas veces se orientan hacia la experiencia estética purificadora y liberadora, y en otras a la cognoscitiva desnudando todo aquello que se encuentra detrás de la palabra: sublimaciones idealizadas, ideologías ocultas o simplemente vacío. Cuestionamientos que aparentando ir a una realidad referenciada, se vierten sobre el lector exigiéndole una respuesta. La conciencia crítica que acompaña la obra se transforma en nuestra propia conciencia crítica y los interrogantes dirigidos hacia la obra en aquellos que afronta la existencia individual, histórica, cotidiana y prosaica ahora profundizados en presencia de algo que ha pretendido ser esencia.

Para concluir, digamos que todas estas aproximaciones y sus interrogantes brotan de la fascinación que el texto impone. Ellos nacen de ese derecho a la mirada que reclamamos sobre nosotros mismos y sobre lo otro para penetrar más lejos, más allá de los sentidos manifiestos o de aquellos que se desean imponer. Es el derecho que posee el hombre de ir a una vida más vasta o a la muerte transfigurada. Con frecuencia, los interrogantes que apuntan a lo más lejano conducen a lo más próximo, a las evidencias de la primera mirada, a los ritmos que en un primer acercamiento parecían promesas de un mensaje secreto. Estas aproximaciones y sus interrogantes giran en torno a un esfuerzo utópico de hacer converger oposiciones: si realmente somos absorbidos por la obra, la palabra no es robada y no nos queda más que callarnos dando la impresión del más perfecto silencio a causa de la simpatía y el mimetismo. Si queremos desmenuzarla para comprenderla en sus más mínimos detalles, se nos desvanece en la medida en que pretendemos alcanzar la totalidad de los hechos correlativos. Captar la unidad sin perder la diversidad. Ir a la forma esencial sin diluir la existencia. En fin, ella, la obra literaria, será siempre *interrogación, indagación y perplejidad.*